

pondía á las preguntas de la mujer: «Déjalo, eso es cosa mía; ya lo arreglaré yo.» En seguida se puso á soplar el fuego que ardía debajo de la olla, de manera que yo veía cómo el humo ascendía en espirales por entre los rizos de su larga barba, hasta que las gachas estuvieron hechas; quitó luego la olla del fuego, hizo que la mujer acercara el plato y lo llenó de aquellas diciéndole: «Dales ahora de comer; yo iré poniendo mas,» y no cesó hasta que quedaron hartos. Dióle despues el resto á ella y se levantó, y yo con él. La mujer hizo votos porque Dios le recompensara por haberse portado con ella mejor que el soberano de los creyentes; él no dijo mas que estas palabras: «No le desees nada malo, pues si vas á verle tambien me encontrarás allí.» Luego apartóse, pero vuelto hácia la mujer, quedó agachado sin decirle una palabra hasta que vió cómo los niños, que primero reían y jugaban, acabaron por echarse y dormirse sosegadamente; levantóse entonces pronunciando un «alabado sea Dios» y me dijo: «Aslam, el hambre les tenia despiertos y les hacia llorar; por eso no he querido marcharme hasta verles como les veo ahora.»

Por mas que el pueblo haya hermoñado la imagen de su héroe por gratitud, no hay duda que como jefe de la comunidad musulímica cumplió su deber de la manera mas perfecta. Era, por lo mismo, muy pesada la tarea que aguardaba á su sucesor si queria permanecer digno de él, y grande la responsabilidad de los cinco hombres (1), cuyo homenaje aseguraba indudablemente al soberano de su eleccion, segun la opinion del difunto califa y la de ellos mismos, el reconocimiento del pueblo. Con excepcion, sin embargo, de Abderrahman, cada uno de los electores pretendia el califato para sí; no es, pues, de extrañar que se pasaran los dos primeros dias en vanas deliberaciones. En el tercero debía llegarse á un acuerdo definitivo; Abderrahman propuso entonces que se le confiara á él, ya que no tenia pretension particular alguna, la decision, antes de la cual consultaria á todos ellos. Como ninguno de los cuatro tenia esperanza de lograr de otro modo su objeto, accedieron á ello. Abderrahman consultó, pues, á cada uno de ellos individualmente, y de estas consultas resultó que los dos yernos del Profeta, Alí y Othman, á quienes este mismo parentesco colocaba en primera linea, estaban dispuestos á votar el uno por el otro si no contaban respectivamente con probabilidades de triunfo. Con esto quedaba desde luego circunscrita la eleccion á uno de los dos, y como de los dos restantes Sober se manifestara decididamente en favor de Alí, y Sa'ad, aunque indeciso, parecia tambien preferirle á Othman, las probabilidades no estaban en favor de este último. Pero Abderrahman, deseando obrar con toda conciencia, queria asegurarse todo lo posible; hizo, pues, á cada uno de ellos, es decir, á Alí y á Othman, la solemne pregunta de si en caso de su eleccion gobernarían á los musulimes segun el libro de Dios y la enseñanza del Profeta, siguiendo los caminos de Abu Bekr y Omar. Othman lo ofreció así, pero Alí solo contestó: «Yo quiero vivir entre vosotros segun el libro de Dios y la enseñanza del Profeta, en cuanto de mí dependa,» y cuando Abderrahman insistió de nuevo para que se obligara tambien á seguir el ejemplo de Abu Bekr y de Omar, replicó: «Al lado del libro de Dios y de la enseñanza del Profeta huelgan los principios de cualquier otro (2); ¡con eso, lo que quieres tú es excluirme á mí!» Entonces llamó Ab-

(1) Talja regresó á Medina despues de la eleccion.

(2) Es muy posible que á lo menos esta última manifestacion sea un complemento de la anterior confeccionado por un partidario posterior de Alí. Pero puede considerarse como seguro que la negativa de Alí de conformarse decididamente con el ejemplo de sus predecesores hizo fracasar su eleccion.

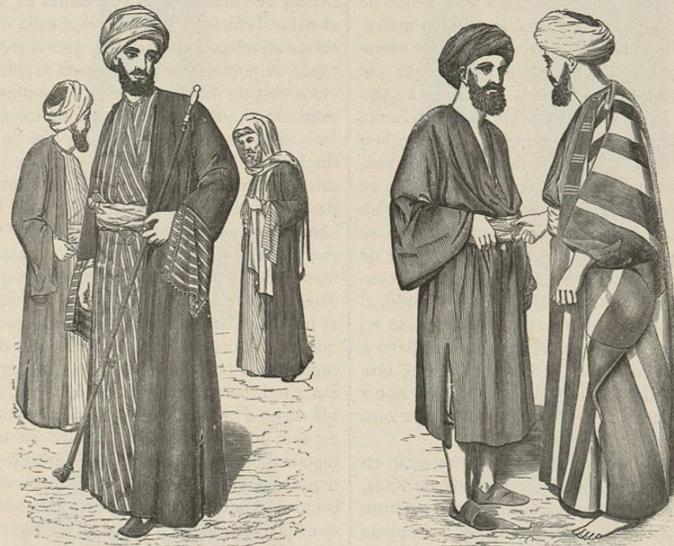
derrahman á Othman aparte, y como éste aceptara de nuevo el compromiso que se le exigía, Abderrahman le prestó homenaje en la forma acostumbrada, dándole un golpe en la mano. Al dia siguiente se anunció la eleccion á la comunidad, y hasta el mismo Alí no se negó á reconocer al nuevo soberano, pues que habia prometido como los otros conformarse con la decision de Abderrahman.

Por lo anteriormente expuesto podemos deducir que de todas las faltas que pudiera tener el nuevo califa ninguna era de mas funestas consecuencias que la debilidad de carácter: y debilidad de carácter era el rasgo principal de Othman. Nos parece incomprensible que Abderrahman, á quien Othman consideraba como persona inteligente, hubiese tenido tan poco conocimiento de los hombres. Mas de treinta años habia vivido el yerno del Profeta primero en la mayor intimidad de Mahoma y despues en la de sus sucesores sin haberse distinguido jamás sino por la gallardía de su persona. Pero Abderrahman tenia la piadosa fe del verdadero muslim; vivia convencido de que lo principal era seguir las sendas en las cuales hasta allí era visible que Allah habia bendecido á los musulimes. Haciendo esto, se estaba seguro de agradar á Dios y del triunfo ulterior, y obrando de otro modo habia que temerlo todo de la cólera del cielo: razon suficiente para preferir á Othman, que en este punto fundamental habia contraído obligaciones que le ligaban fuertemente; lo que le faltara de energía lo supliria el divino auxilio. Mahoma habia predicado bastantes veces semejantes principios á sus creyentes, si bien tanto él como sus primeros sucesores se guardaron mucho de atenderse exclusivamente á ellos en la resolucio de los asuntos políticos; y á la sazón, cuando se trató de aplicarlos estrictamente quedó, por cierto, demostrado que con máximas teológicas no se hace buena política. No la desviacion de los ejemplos de Abu Bekr y de Omar, que seguramente tambien Othman incurrió en ella, sino su incapacidad para encaminar á un fin comun las aspiraciones y las personas que dentro del Islam pugnaban unas contra otras, fué la que produjo la ruina del califa y el trastorno de todas las condiciones políticas, que es lo que representa el final de este reinado.

Los primeros años de la dominacion de Othman, que en totalidad duró desde el 1.º Moharram, 24 (7 noviembre 644) hasta 18 Zul-hiddscha, 35 (17 de junio 656), no indicaban en general la proximidad de trastornos mas ó menos violentos en el interior, mientras que en el exterior se realizaron precisamente entonces las mas rápidas y brillantes conquistas, así en la Persia oriental como en el Norte de Africa. Pero sin llamar la atencion iban tomando cada vez mas cuerpo los antagonismos que existian en todas partes; sobre todo el que desde antiguo habia entre los creyentes verdaderamente piadosos y los de ideas mundanas, iba en constante aumento. Tuvo su origen el dia en que Mahoma, para «ganar los corazones» de los vencidos de la Meca, perjudicó á sus fieles en la distribucion de botin, y Abu Bekr y Omar solo pudieron contenerla por medio de la mas severa imparcialidad, con la cual fueron igualmente tratados piadosos y mundanos en la distribucion de los puestos de jefes, así como en la fijacion de las anualidades y en la fiscalizacion en el cumplimiento de sus deberes públicos. Ni Amr ni Sa'ad estaban seguros de no ser severamente censurados por Omar y hasta destituidos de sus cargos, y el que estaba así harto ocupado en satisfacer las exigencias del califa, pocos deseos podia sentir de entretenerse en ver lo que hacia el prójimo. Además no habia para ello muchas ocasiones, pues tan luego como se hacia notorio que á cualquier lugarteniente se le acusaba, con razon ó sin ella, de enriquecerse, no descansaba Omar hasta haber recobrado el último

dirhem cuya legítima adquisicion no pudiera justificarse, aunque se tratase de un Jalid ó de un Amr. Sin embargo, existia el antagonismo, y que se hacia sentir lo prueba una expresiva frase de Jalid que nos ha sido trasmitida. Cuando despues de su destitucion del mando de la Siria se expresó con la indignacion de que hemos hablado anteriormente, exclamó uno de los circunstantes: «¡Pero eso es una rebelion!» «¡No, repuso Jalid, no en vida del hijo de Jattab; pero despues, que cada uno tire por el lado que quiera!» Jalid debió de morir antes que Omar, pero ya habia llegado en esta sazón el momento que él habia previsto. Al propio tiempo, las grandes conquistas habian ido modificando las antiguas condiciones de vida en la Arabia, circunstancia la

mas á propósito para excitar el antagonismo entre los dos bandos. Aun cuando se hubiese procedido con toda honradez en la recaudacion de los impuestos y en la designacion de las anualidades, se veía todo muslim, desde la conquista del Irak, en posesion de una renta como la que antiguamente solo tal vez disfrutaban las personas mas ricas de la Meca. A la vez los hijos del desierto conocieron muy pronto en las provincias sometidas, donde imperaba una civilizacion antigua pero refinada, gran número de gozes que, como es natural, no tardaron mucho en convertirse en necesidades de la mayoría. Con pena é indignacion, ya en los últimos años de Omar, hombres de severa religiosidad y de inclinaciones ascéticas observaban que el lujo y la voluptuosidad



Trajes mahometanos.

Hombres de las clases elevada, media y baja del pueblo

empezaban á aclimatarse, especialmente en las ciudades, llegando pronto á convertirse en verdadero escándalo. Rápidamente llegaron las riquezas á la Meca, de donde procedian todos los que ocupaban las principales lugartenencias y donde habitaban todavía la mayor parte de sus parientes, y con las riquezas llegaron tambien las perniciosas costumbres de la Persia, encontrando allí bien preparado el terreno con el sentido mundano de la poblacion; y así verdaderamente la vergüenza y la indignacion se apoderaron de los piadosos peregrinos cuando al lado de los recuerdos mas sagrados de las obras y de los padecimientos del Profeta, veían cada año manifestarse mas descaradamente la ligereza en las costumbres y el vicio. La severidad del mismo Omar no habria podido contener á la larga este natural desarrollo; menos aun lo conseguirian las bien intencionadas disposiciones de Othman y el ejemplo de una vida sencilla y frugal, que como sus dos antecesores continuó dando á la comunidad con loable modestia.

A los dos bandos de los piadosos y de los mundanos pronto se añadió un tercero, que si bien solo se manifestó despues con entera independecia, ya entonces sus primeros movimientos contribuyeron á complicar funestamente la situacion. Desde que se fundaron los dos centros militares de

EL ISLAMISMO

la provincia irako-pérsica, Basora y Kufa, fueron el centro tambien de una poblacion inquieta, caprichosa y levantisca. Formaban el núcleo de los habitantes de Basora antiguos beduinos de Jalid, compañeros de tribu de Mothanna de los Bekr de Wail, algunos temimitas y otros, y, por último, tambien algunos medineses. En Kufa, cuartel general de Sa'ad, encontramos en cambio las tropas de refuerzo que acudieron de la Arabia del Sur despues de la «batalla del puente,» abundando entre ellas los compatriotas de Amr Ibn Ma'dikarib y de Asch'ath Ibn Keis, en su mayor parte gente indómita. Ya en Kadesia, cuando Sa'ad se vió imposibilitado por causa de enfermedad de tomar parte personalmente en la refriega, debiendo contentarse con dirigir la batalla desde léjos, habian hecho epigramas contra él, y despues de la fundacion de Kufa siempre tenian algo que criticarle: ora uno encontraba poco equitativa la reparticion del botin, ora otro no estaba conforme con tal ó cual sentencia, y ora un tercero se quejaba de que no dirigia las oraciones como era debido, lo que es de todo punto inverosímil en uno de los mas antiguos compañeros del Profeta, que desde el principio habia hecho á su lado el ejercicio de las oraciones. Omar, que siempre desconfiaba de sus lugartenientes, se dejó influir hasta el punto de destituir á Sa'ad, en el año 21 (642).

16

Como precisamente entonces los ejércitos del Islam habían emprendido en todas partes rápido avance, debió parecerle por lo pronto sin importancia el centro administrativo de Kufa, y pudiendo, por otra parte, necesitar de un momento á otro las tropas de reserva que todavía quedaban en aquel cuartel general, quiso tal vez evitar que se suscitara entre ellas serio descontento. A pesar de todo, fué sin disputa una falta ceder á las sugerencias de los discolos, y en todo caso erró completamente si creyó dejarles con esto satisfechos. El jefe que les envió entonces, Ammar Ibn Yazir, era un hombre piadoso y prudente, pero poco enérgico; apenas hacia un año que estaba allí cuando ya empezaron á quejarse de nuevo los de Kufa, pretextando que era un hombre débil y que no entendía nada de administración. Omar se lamenta así: «¿Cómo lo haré para tener contenta á la gente de Kufa? ¡Si les envío un hombre enérgico, lo reputan malvado, y si les envío uno inofensivo, lo encuentran despreciable!» Decidióse, pues, á preguntarles á ellos mismos qué jefe querían, y conformándose con su deseo les envió á Abu Muza El-Asch'ari, que hasta entonces había estado al frente de Basora (22 = 643); pero cuando hubo transcurrido un año ya éste también había cometido gran número de delitos, que á los ojos de sus subordinados hacían indispensable su sustitución. Entonces encargó Omar el mando de Kufa á un verdadero bribon, Mogira, el cual supo mantenerse en su puesto á pesar de las quejas de su gente hasta la muerte de Omar. Según se refiere, parece que el califa se había convencido entretanto de que Sa'ad era, á pesar de todo, el verdadero hombre para aquel difícil cargo, y resuelto su reposición cuando le sobrevino la muerte. Othman llevó á cabo los propósitos de su antecesor, y Sa'ad se encargó otra vez de la administración del territorio que él mismo había conquistado; pero después de uno ó dos años hubo ya otro cambio, del cual trataremos más adelante.

No parece que los habitantes de Basora se mostraran en los primeros tiempos tan ingobernables como los de Kufa, pero posteriormente los vemos animados de igual espíritu de veleidad y de indisciplina. No hay duda que la inquieta sangre beduina tenía mucha parte en este espíritu, pero solamente por ella no puede explicarse; también en Siria se componía de beduinos la mayor parte de las tropas de ocupación, y sin embargo semejantes hechos no se produjeron nunca allí. Hemos, pues, de buscar otras razones y las deberemos encontrar en la diversa índole de los hombres que rodeaban á los conquistadores en una y otra parte. La mayoría de los habitantes de la Siria eran semitas afines de los árabes, arameos, de buena índole, pero de inteligencia tardía y obtusa, que acostumbrados á la tranquilidad y al orden no daban jamás motivo de descontento á sus nuevos señores, ni tampoco, por otra parte, les inspiraban nuevas ideas ó conceptos; allí estaban, además, situados los cuarteles generales en antiguas ciudades provinciales que habían perdido mucho con la emigración de los altos funcionarios griegos y de otras personas de buena posición, y que solo empezaron á animarse de nuevo con las guarniciones mahometanas. Muy diferente era la situación en Basora y en Kufa. En estas se había desarrollado desde el principio una vida muy variada, primero en las tiendas, luego en las chozas de barro y, por último, en las casas edificadas con ladrillos, cuyo género de construcción fué muy pronto el exclusivo en ambas ciudades. Habían acudido allí en tropel mercaderes y artesanos persas; cada nueva campaña en el Este había llevado nuevas presas, multitud de esclavos y esclavas y toda clase de utensilios, telas y otros efectos nuevos y exóticos; y en el trato con los persas, por lo general falaces y arteros, pero también sagaces é inteligentes, el más inculto árabe del de

sierto veía diariamente ensanchado su círculo de observación. ¿Qué mucho, pues, que se creyera pronto más civilizado que los que habían permanecido en sus casas en Medina y en el campo? ¿Qué mucho que ideas y conceptos persas penetraran paulatinamente por medio de los esclavos y esclavas en casa de sus señores, y si no estos, á lo menos la generación siguiente, se vieran influidos por ellos en alto grado, tanto más cuanto que las madres de esta segunda generación eran en su mayoría persas, cuyos descendientes, a lado de extraordinarias dotes, tenían también en alto grado las malas cualidades de casi todas las razas mestizas, especialmente la deslealtad y la falta de carácter? Difícilmente hubieran podido evitarse estas consecuencias por medio de disposiciones de carácter político; la malhadada condescendencia de Omar con las veleidades de los de Kufa produjo el natural efecto de ensoberbecer cada día más á los habitantes de aquellas dos ciudades, que entretanto iban acrecentando su población con inusitada rapidez (1), y que convencidos más de día en día de su importancia y superioridad se mostraron cada vez menos dispuestos á la obediencia pasiva. Cierto que las muchas faltas que cometieron con su indisciplina y su espíritu levantisco, que más de una vez causaron graves perjuicios al Estado y que, por último, redundaron en su propio daño, tuvieron, en cierto modo, su compensación. Así como eran la parte más turbulenta, fueron también desde el principio la más activa intelectualmente de la población árabe del imperio de los califas. Mientras que en Siria en algunos reducidos círculos apenas se pasaba del caudal de ideas del antiguo arabismo; mientras que en Medina todos los pensamientos de la gente piadosa se limitaban á la escrupulosa tarea de coleccionar con toda exactitud, para su trasmisión, lo que el enviado de Dios había dicho ó hecho durante su vida, hasta su modo de toser y escupir, en Kufa y en Basora tuvo su origen la ciencia árabe-mahometana, merced al espíritu del pueblo, que cobró expansión y libertad bajo la influencia persa, ciencia que brotó del cambio de ideas entre vencedores y vencidos, pero que fué desarrollada y llevada á su florecimiento precisamente por la viveza interior de aquella raza siempre curiosa, en el mejor sentido de la palabra, y difícil de contentar. Pero si las dos ciudades del Irak fueron así los verdaderos focos de la vida intelectual de aquella época, en cambio su inutilidad para la política y hasta, acaso, su pernicioso influjo en la del Estado, se había demostrado ya anteriormente. Los de Kufa y Basora, aunque colocados por lo pronto en situación independiente entre piadosos y mundanos, fueron, sin embargo, los primeros que con impremeditada rebeldía rompieron la valla de la obediencia á los representantes del enviado de Dios.

En tales circunstancias el ya septuagenario califa procedía con una candidez y una carencia de sentido político que apenas se pueden comprender. Aunque no ofrecía la menor duda su piedad, era su religiosidad de un género tan limitado que no ejercía duradera influencia en los hombres, quedando reducida al cumplimiento puntual de las ceremonias del servicio divino y á una vida privada sin tacha. No tenía la menor idea de la obligación de ser esmeradamente imparcial para con las diversas aspiraciones que se agitaban en el seno de la comunidad y especialmente para dispensar respetuosa consideración á los otros íntimos de Mahoma, como los verdaderos representantes de su espíritu. Se consideraba también, como miembro que era de la primera familia de la Meca, de la casa Omaya, un aristócrata al frente

(1) Según cálculo prudente, tenía cada una de ellas por los años 59 (670) cuando menos de 150,000 á 200,000 habitantes.

de un pueblo de plebeyos, y probablemente le había sido ya bastante desagradable tener que tratar con este pueblo bajo el pie de igualdad en tiempos de Mahoma y Omar. Ya vimos antes cómo el Profeta tuvo que rechazar las antiguas ideas de la indisolubilidad de los lazos de familia y de tribu para que su predicación hallara libre acceso entre todos los árabes; pero Othman no debió de comprender nunca la justicia

de esta manera de proceder, pues cuando subió al poder y le asedió, como era natural, toda su parentela con Abu Ssofyan á la cabeza, deseosa de recoger con la acostumbrada codicia todo lo que pudiera para deudos y buenos amigos, no tuvo el débil soberano ni prevision ni energía suficientes para reducir á prudentes límites las pretensiones de su familia. En lugar, pues, de ceñirse á que con la lugarte



Trajes mahometanos.

Dama en traje de casa; traje de montar y de calle de las señoras; mujeres y niños de la clase baja; una mujer con abrigo

nencia de Moawiya en Siria tuviese abundante participación en los productos de las guerras extranjeras, concedió en pocos años todos los mandos superiores á hombres de la casa Omaya: el de Kufa, en el que con muy buen acuerdo repuso en el año 24 (645) á Sa'ad, fué otorgado en 25 ó 26 (646 ó 647) á El-Walid Ibn Okba; en Basora substituyó en el año 29 (649-50) Ibn Amir á Abu Muza; y, lo que es más absurdo, Amr Ibn el-Así no solo fué depuesto inmediatamente después del cambio de califa de su cargo en Egipto sino que posteriormente, cuando la rebelión de Alejandría

hizo necesaria la vuelta allí de este jefe, tan luego como quedó alejado el peligro se le dió motivo, en no muy buena forma, para que dimitiera, dejando así la vacante para Ibn Abí Sarh. Por sí mismos estos nombramientos no eran dignos de censura; exceptuando á El Walid, que en el año 30 (650-51) tuvo que ser destituido y reemplazado por el capaz Sa'id Ibn el-Así, también omniada, todos los nuevos lugartenientes eran hombres enérgicos y de inteligencia: conocemos ya los méritos contraídos por Ibn Abí Sarh en la creación de una escuadra, la enérgica prosecución de las